

SOBRE *BORGES Y LA TRADUCCIÓN* DE SERGIO WAISMAN *

PATRICIA WILLSON

**Acto de presentación del libro a cargo de Patricia Willson, Ricardo Piglia y el autor
CCEBA/AECI, Buenos Aires, 18 de julio de 2005**

**Borges y la traducción. La irreverencia de los márgenes*, traducción de Marcelo Cohen,
Buenos Aires: Adriana Hidalgo, 2005.

Permítanme empezar con una cita no extraída del libro que voy a presentar. La cita dice así:

«Edelmiro Mayer no solo hace conocer libros cuya lectura es entretenida, sino que también presta un señalado servicio a nuestras costumbres, inoculando suavemente en el pueblo parte del valor individual sajón por medio de los numerosos ejemplares de sus traducciones.»

Este comentario de Alberto Navarro Viola sobre el traductor Edelmiro Mayer, está incluido en la sección «Literatura» del *Anuario Bibliográfico de la República Argentina* de 1879, y muestra uno de los modos posibles de pensar las relaciones entre traducción y cultura nacional. En esta visión, las traducciones sirven para «inocular» en la cultura receptora, en este caso, la argentina (obsérvese la metáfora biologicista, tan típica en los discursos de fines del siglo diecinueve), para «inocular», decía, los valores que se le atribuyen a la cultura extranjera. Según esta concepción, la literatura traducida operaría no sobre otros textos, sobre más literatura, sino directamente sobre las personas, los miembros de la cultura importadora o traductora.

Concepciones como esta, mecánica y reduccionista, pero no caprichosa, como trataré de explicar más adelante, se alternan con otras más mediadas y sutiles, en las que la traducción en sentido amplio es la manera central –si no la única– de procesar las tradiciones literarias extranjeras. La historia de esa alternancia de concepciones sobre la relación entre traducción y cultura nacional, en otras palabras, la historia de la traducción en la Argentina, tiene un capítulo intenso y compacto en el libro de Sergio Waisman traducido por Marcelo Cohen, *Borges y la traducción. La irreverencia de la periferia*, que hoy publica Adriana Hidalgo.

Esta lectura histórica del libro de Sergio me fue sugerida por la siguiente frase, que extraigo del «Epílogo» del libro: «Si en los tiempos de Sarmiento la maltraducción sirvió a la fundación nacional, y en los de Borges a la innovación, en los de Piglia es un enclave de resistencia cultural». En esta frase quedan resumidas diferentes formas de concebir el diálogo

con los textos extranjeros que se ha establecido en la cultura argentina, aunque siempre desde la perspectiva de la «maltraducción», entendida como apropiación «irreverente y creativa», para usar dos adjetivos que vuelven en el ensayo de Sergio.

La maltraducción borgeana de Joyce es el centro del análisis. En una cultura periférica y muy tempranamente, Borges –lector rioplatense– vierte la última parte del monólogo de Molly Bloom al español. En esa versión-fragmento, encuentro textual de dos portentos de la literatura del siglo veinte, Waisman nos muestra cómo funcionan las «irreverencias», las «infidelidades creadoras» que Borges elige al traducir y que pueden ejercerse mediante una variedad de procedimientos: «el borrado de las fronteras genéricas, culturales y lingüísticas, la técnica de la fragmentación, apropiación y recontextualización, la mezcla de citas apócrifas y verdaderas». Tales estrategias se comprenden cabalmente a la luz del inteligente análisis de varios ensayos y relatos de Borges en los que central o lateralmente el tema es la traducción.

El fragmento de Molly reescrito en el español borgeano de 1925 está, pues, doblemente contextualizado por Waisman, en el plano literario y en el plano histórico. En el primero, por las poéticas de la traducción o «las teorías de la traducción» de Borges que aparecen en sus ensayos y en sus ficciones: la traducción como reescritura, como apropiación del original, que no tiene preeminencia, sino que puede él mismo serle «infiel a su traducción», como afirma Borges en «Una mirada sobre el *Vathek* de William Beckford». En el segundo, la Argentina en las décadas del veinte y del treinta, o más precisamente Buenos Aires, ciudad en la que la traducción prolifera «y es pieza clave de la producción cultural del período».

Dije que mi lectura era histórica; quiero mostrar por qué.

Antes y después de este núcleo borgeano de apropiación de la literatura occidental a través de la reescritura y la traducción, Sergio señala dos momentos que funcionan como transiciones y como relevos. En el siglo diecinueve, Sarmiento y sus malastraducciones; a fines del siglo veinte, Piglia y las suyas. La serie que arma Waisman –Sarmiento, Borges, Piglia– entraña transiciones simétricas en la función de la malastraducción en la cultura nacional. En términos de la teórica de la traducción Annie Brisset, del *ántropos* al *logos* y del *logos* al *ántropos*. Es que, a diferencia de Borges, para Sarmiento y para Piglia la traducción no es un problema únicamente «consustancial con las letras», pues ambos la piensan en términos políticos.

En Sarmiento, las malastraducciones son usadas como ladrillos en la fundación de la nación: Sarmiento «toma insolentemente lo que necesita de la literatura y la filosofía francesas y lo coloca en relación dialéctica con su propia cultura para establecer una nueva subjetividad»(en este sentido, el uso de Sarmiento de la tradición europea se relaciona con el que señala Navarro Viola y que leí al comienzo, aunque en Sarmiento tiene una naturaleza más dialéctica, más interactiva).

En Piglia, las malastraducciones son piezas cifradas de una resistencia política: en *La ciudad ausente*, novela que Sergio ha traducido al inglés, «personajes subterráneos –inventores, periodistas, detectives, refugiados, exiliados, consumidores de drogas, informantes- alientan una circulación equívoca de copias y versiones de relatos que tienden a minar el discurso oficial [...] Las variaciones nacidas de la malastraducción multiplican y confunden el significado y permiten que personajes antes mudos encuentren una voz».

Esta concepción de la traducción como trabajo de reescritura irreverente, de apropiación iconoclasta, que socava la sacralidad del original, es señalada por Waisman como una potencia, la potencia de la periferia para transformar el margen en un nuevo centro. «Los

márgenes, dice Waisman, pueden cambiar (maltraducir) el centro, releerlo y escribirlo». De allí, el poder teóricamente exorbitante del traductor/reescritor, cuyas figuras paradójicas de secundariedad habría que interrogar, «menos como una negación de responsabilidad (traductor relegado al anonimato) que como una denegación (traductor transparente, puesto que es *fiel*... pero ¿a qué orden del discurso y con qué efectos?)».

En el ejercicio interpretativo que propone Sergio Waisman en su libro hay varios lances de gran belleza crítica. Mencionaré sólo dos.

El primero se refiere al trabajo con la onomástica y la toponimia –los nombres de personas y de lugares– en «La muerte y la brújula» y «La busca de Averroes». Pensados desde la traducción, ambos relatos pueden emparentarse y vincularse con la construcción de cartografías, de mapas (espaciales, culturales, lingüísticos). Waisman señala certeramente que la maltraducción borgeana arma otros mapas o, más radicalmente aún, nos dice que infinitos mapas son posibles. También nos dice que nuestra idea de los territorios geográficos y políticos, y su vínculo con la construcción de la identidad, siempre está mediada por la traducción. Averroes fue antes Benraist y Avenryz, y aun Aben Rassad y Filius Rosadis. Aristóteles es también Aristú; la ciudad secular de Cantón, también ha tenido como nombre Sin Kalán.

Segundo episodio crítico de gran belleza: Borges, que solo puede leer el *Ulises* de Joyce por retazos, inventa un personaje que pueda leer toda la novela. Inventa al memorioso Funes, personaje monstruoso, única criatura borgeana, según Waisman, capaz de transitar toda esa novela y recordarla. ¿Qué Golem y qué rabino son esos, Funes y Borges, el primero hecho por el segundo no a imagen y semejanza, sino distinto, con otros gustos y aptitudes literarias?

Empecé mi intervención con una cita que era un comentario a traducciones. Terminaré con una cita que es un comentario de traductor, esta vez sí extraída del libro que nos convoca y que agrega, a la figura de Waisman-crítico, la figura de Waisman-traductor (también ese es un lugar desplazado, aunque se traduzca en una cultura central); cito: «Cuando en 1993 empecé a traducir parte de la obra de Piglia al inglés, no comprendía enteramente en qué me estaba metiendo». Sergio –o Marcelo–: ese verbo «meterse» interpela hondamente al traductor. Es que cuando uno traduce, se mete, se hunde, se pierde y, felizmente, al cabo, se reencuentra, «lleno de historias, sin poder parar».